

Elementos para la comprensión del campo de fuerzas y la contienda política actual en Nuestra América

Dr. Jairo Estrada Álvarez

Profesor del Departamento de Ciencia Política
de la Universidad Nacional de Colombia.

Resumen:

El presente trabajo tiene como propósito principal el análisis de los principales rasgos del campo de fuerzas y de la contienda política actual en Nuestra América, considerando un conjunto de factores explicativos que se estructuran de manera compleja en un rompecabezas de difícil armado. El texto controvierte la tesis sobre el fin del llamado ciclo progresista y pretende evidenciar que, en lugar de ello, se asiste más bien a una acentuación de la disputa por el destino de Nuestra América, así como a la manifestación de los límites del «posneoliberalismo». Asimismo, se señala que el momento político de la Región le impone al pensamiento crítico nuevos esfuerzos teóricos y requerimientos de análisis, no solo para una mejor comprensión de la complejidad del momento histórico, sino también para contribuir a concebir una acción política ajustada a las necesidades y los intereses de las clases subalternas.

Palabras clave:

Contienda política, Gobiernos progresistas, Posneoliberalismo, Derecha política, Geopolítica.

Abstract:

The main purpose of this work is the analysis of central contradictions of the forces's field and the Political fighting in Latin America, considering

explanatory factor group which is structured in complex puzzle of arduous resolution. The text contravene the hypothesis of progressive cycle's end and pretend to show that, instead, we see a strengthening of latin american future dispute and also evidence of limits for Posneoliberalism. Similarly, point that politic present in the area reclaim fresh theoretical effort and analysis of the critical thinking, not only for a better understanding of present complexity, but also for help to conceive a better political action according to needs and interest of subaltern classes.

Keywords:

Political fighting, Progressive governments, Posneoliberalism, Right, Geopolitics.

Durante los últimos años se ha asistido a una intensificación de la contienda política en Nuestra América. Si todavía hace menos de un lustro el análisis de los procesos políticos permitía afirmar que se mantenía una correlación de fuerzas favorable al cambio político democrático popular y a las transformaciones sociales a favor de los desposeídos y humildes de la Región, desde luego con intensidades y acentos diferenciados en los respectivos países, la situación actual muestra que tal aserción ya no es posible.

Recientemente ha ganado espacio la tesis de que se está asistiendo al fin del denominado *ciclo progresista*, sugiriendo con ello la existencia de un desenvolvimiento *natural* del proceso político en el que a un ciclo progresista o de izquierda le seguiría otro ciclo retrógrado o de derecha. La tesis puede resultar sugestiva, si se consideran los hechos que hablarían a favor de ella: la derrota electoral del Frente para la Victoria de orientación kirchnerista en la Argentina (noviembre de 2015) y del Gran Polo Patriótico, liderado por el PSUV, en las elecciones parlamentarias de Venezuela (diciembre de 2015); o la pérdida del referendo en Bolivia, con el que se buscaba garantizar la reelección de Evo Morales (febrero de 2016); o el llamado golpe blando a la Presidenta Dilma Rousseff en Brasil (agosto de 2016); o el desgaste del gobierno de Correa en Ecuador; o el más reciente agravamiento de la situación en Venezuela. Todos estos hechos, aunque de gran significación, no poseen la fuerza para explicar lo que está ocurriendo en la Región e inferir el fin del llamado ciclo progresista.

Más que el fin de un ciclo político, lo que se ha puesto en evidencia es la acentuación de la fuerte disputa por el destino de Nuestra América, así como los límites del «posneoliberalismo», lo cual se manifiesta en un conjunto de factores que se han venido entrelazando de manera compleja, constituyendo múltiples escenarios de la contradicción y del conflicto, sin que se vislumbre en lo inmediato una resolución definitiva.¹ Este texto se ocupa en parte de la presentación de dichos factores; su orden de exposición no implica el mayor peso o significado de alguno de ellos. En realidad se trata de las piezas de un rompecabezas de difícil armado.

El deterioro de la macroeconomía y el régimen de acumulación

Los efectos macroeconómicos generados por la caída de los precios de los *commodities* y, de manera particular, del petróleo, en el contexto de la persistente crisis del capitalismo mundial, son evidentes. En la mayoría de los países de la Región se ha acentuado la tendencia a los desbalances externos, en las balanzas comerciales y de pagos. Lo cual ha generado mayores déficits fiscales, estimulado el creciente endeudamiento y presionado la inflación al aumento. Desde luego que los impactos han sido desiguales y parecieran haber afectado con mayor fuerza a algunos de los *gobiernos progresistas*.² El argumento en todo

¹ Acerca del debate sobre el «fin del ciclo», véase, entre otros: Claudio Katz: «Desenlaces del ciclo progresista». En: Revista *Espacio crítico*, No. 23, segundo semestre de 2015. Consultar en: www.espaciocritico.com; Francisco López Segrera: *América Latina: Crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, Ediciones Ciccus, Clacso, Buenos Aires, 2016, cap. II; Álvaro García Linera: «Este es un momento de inflexión histórica en el continente». En: *Revista Comunidad y Desarrollo*, No. 16, julio de 2016. Consultar en: es.calameo.com/read/00485421676daae95142c; Franck Gaudichaud: «¿Fin de ciclo? Los movimientos populares, la crisis de los “progresismos” gubernamentales y las alternativas ecosocialistas». Consultar en: www.rebellion.org/noticia.php?id=204346. En el número especial «Fin de ciclo progresista» de la revista *América Latina en movimiento*, No. 510, diciembre de 2015, se encuentran los trabajos de Gustavo Codas, Eduardo Gudynas, Roger Landa, Katu Arkonada, Valter Pomar, Isabel Rauber, Silvina Romano y Oscar Ugarteche. Consultar en www.alainet.org/es/revistas/510.

² A pesar de que el concepto *gobiernos progresistas* no posee la capacidad suficiente para una precisa caracterización y diferenciación de los gobiernos que durante los últimos tres lustros de manera genérica llegaron a definirse como opuestos o alternativos al neoliberalismo, en este trabajo se utiliza esa acepción por razones prácticas y debido a su relativa aceptación en medios académicos y a su propio posicionamiento en la opinión pública. Debe advertirse en todo caso que la caracterización de tales gobiernos hace parte del debate teórico y político en Nuestra América y que su definición es de suma utilidad para la comprensión de la contienda política actual. Al respecto existe una copiosa bibliografía.

caso no es generalizable, tal y como lo demuestra el caso de Bolivia, en el que sus indicadores macroeconómicos señalan que es uno de los países más estables de la Región.

Tras el deterioro de los indicadores macroeconómicos, se encuentra un asunto de carácter estructural que es el concerniente a la trayectoria específica del proceso de acumulación. Es de amplio conocimiento que los fundamentos del crecimiento económico de los últimos lustros se han encontrado principalmente en la explotación y la exportación de los recursos naturales, es decir, en lo que se ha caracterizado como un régimen extractivista de acumulación, inmerso en las tendencias de la financiarización transnacional.

Tal régimen se terminó imponiendo con independencia de los proyectos políticos en posiciones de gobierno, pudiéndose en todo caso establecer claras distinciones entre los gobiernos de la derecha neoliberal y algunos de los gobiernos progresistas (especialmente en Venezuela, Ecuador y Bolivia). Mientras que en los primeros la mayor porción del excedente económico fue a parar a las manos de las corporaciones transnacionales y este, en menor medida, se destinó a la financiación del gasto público, en los segundos, merced a políticas públicas en defensa de la riqueza natural y reivindicativas de la soberanía nacional, se emprendió una redistribución del ingreso generado para favorecer proyectos de inversión pública y sustentar un sinnúmero de programas sociales orientados hacia la población más pobre. En estos gobiernos se entronizó una marcada dependencia de sus múltiples propósitos de política pública de los ingresos externos, lo cual se convertiría en uno de los factores de su debilitamiento reciente.

La estructuración del *modelo económico* con base en economías de extracción posee impactos distintos sobre los proyectos políticos. En los países donde gobierna la derecha neoliberal, conlleva un reforzamiento del proceso de desindustrialización de las últimas décadas, así como una profundización del proceso de transnacionalización y desnacionalización (destructiva) de la economía, con severos impactos ambientales y sociales, y con ello de la inserción dependiente en las dinámicas del capitalismo global, al tiempo que ha servido de soporte, a través de la financiación de programas asistencialistas de pobreza, para la regulación del conflicto social.

En el caso de los gobiernos progresistas sus consecuencias son evidentemente contradictorias, dada la naturaleza de sus propósitos políticos y de política económica y social. Por una parte, es indiscutible que tales economías constituyen en gran medida el soporte de las pretendidas políticas de transformación social, que se han desenvuelto entre la redistribución efectiva del ingreso y el asistencialismo social, en algunos casos con programas de contenido similar a los impulsados por la derecha neoliberal, cuando de subsidios condicionados se trata. Igualmente, son constatables los esfuerzos por impulsar programas de inversión pública, especialmente en materia de infraestructura económica y social, así como de promover la actividad productiva, orientada al fortalecimiento del mercado interno, con resultados en general más bien discretos. Por otra parte, al mismo tiempo, el énfasis en las economías de extracción se ha convertido en el sustento de nuevas conflictividades que no solo contribuyen a erosionar la legitimación social de los gobiernos, sino que son aguzadas por la derecha con el fin de redefinir el campo interno de fuerzas y obtener así beneficios políticos a su favor.

En lo que concierne a los gobiernos progresistas, la generación de nuevas conflictividades por cuenta de la persistencia y profundización del *modelo extractivista* está asociada con viejas discusiones teóricas y políticas del pensamiento crítico y del campo popular, y con sus consecuencias materiales. Me refiero particularmente a los debates sobre las posibilidades de proyectos alternativos al capitalismo en un solo país y la construcción de economías alternativas en ese contexto. Tales discusiones remiten en nuestra Región principalmente a la *crítica del desarrollo*, que en sus contenidos actuales comprende la cuestión socioambiental como aspecto esencial de una perspectiva y alternativa civilizatoria frente al orden social capitalista vigente.³

En algunos de los países con gobiernos progresistas (Bolivia y Ecuador, principalmente), tales debates han trascendido la dimensión teórica, para situarse en la contienda política. En el presente puede hablarse de la existencia de formas de oposición política y social dentro del propio campo popular, que se enfrentan a la orientación asumida por el modelo económico. Tal oposición posee configuraciones te-

³ Al respecto véase la compilación de Fernanda Wanderley, *El desarrollo en cuestión: Reflexiones desde América Latina*, CIDES/UMSA, La Paz, 2011.

territoriales, en las que sobre todo comunidades indígenas o campesinas encaran, con muy diversos repertorios de lucha, proyectos de extracción minero-energética. Las razones para ello se encuentran en una crítica radical al modo de desarrollo, al modo de vida concomitante con este y a los severos impactos socioambientales. Estas luchas en muchos casos han pretendido ser instrumentalizadas por la derecha con el propósito de ampliar el espectro de oposición a los gobiernos. Estos por su parte, en lugar de decantar el debate público y discutir las demandas sociales han optado por acciones represivas, que terminan debilitando las propias bases sociales. Tampoco resulta apropiado, en la perspectiva de consolidar una correlación de fuerzas a favor del campo popular, el extremismo (especialmente ambiental) de algunas demandas sociales.

Tras esas diferencias de enfoque respecto de las posibilidades y los alcances de las economías extractivas se encuentra un dilema no resuelto consistente en usar el excedente generado por la extracción de recursos naturales para financiar el proyecto político gobernante, por una parte; o producir un quiebre en el modo de producción y de vida en defensa de la madre tierra, en las condiciones de un solo país, por la otra. Esa dilema atraviesa buena parte del debate teórico y político. Este adquiere significados más complejos cuando de por medio está la pregunta acerca de los fundamentos económicos del proyecto político. En ese dilema se divide el campo popular. Y no hay hasta ahora elaboraciones que posibiliten al menos coincidencias estables. En todo caso, la marcada tendencia a restringir la discusión sobre la perspectiva de los proyectos progresistas al señalado dilema resulta inconveniente, entre otras cosas, por cuanto simplifica el contorno y las dimensiones de un debate que trasciende los enfoques sobre el desarrollo y las alternativas al desarrollo.

Entre el Socialismo del siglo XXI y el «verdadero capitalismo»

En efecto, tras los debates sobre el *modelo de desarrollo* hay aspectos todavía más hondos. Me refiero a aquellos de alcance sistémico. Pese a que algunos gobiernos se autodefinieron como del *socialismo del siglo XXI* (Bolivia, Ecuador, Venezuela), en sentido estricto no deberían caracterizarse con ese concepto, lo cual no le resta valor político

alguno a los importantes cambios que allí se han adelantado,⁴ especialmente en lo concerniente a la reafirmación de la autodeterminación y la soberanía, a la recuperación de los recursos naturales, a diseños institucionales que apuntan al fortalecimiento de una efectiva organización democrática de la sociedad y a la puesta en marcha de políticas sociales a favor de los humildes y los desposeídos. Esos atributos nacional-populares no necesariamente indican que se esté en camino de la superación de rasgos esenciales de la organización capitalista, mediante la puesta en marcha de políticas y acciones propias de sociedades en transición.⁵

Más evidente han sido en algunas de las experiencias los contenidos antineoliberales, aunque sin desprenderse completamente de los enfoques predominantes de política macroeconómica. En atención a ello, surgieron conceptualizaciones imprecisas para definir el carácter de algunos gobiernos progresistas, como la del «posneoliberalismo».⁶ En otros casos, como los de Argentina, Uruguay y Brasil, políticas y medidas que pueden catalogarse como progresistas en aspectos puntuales de las políticas públicas, se acompañaron de una reivindicación del «verdadero capitalismo», entendiendo por este el capitalismo de la producción, en oposición al capitalismo financiero o de la especulación. En tales casos, se habló entonces del surgimiento de enfoques neodesarrollistas.⁷ En suma, en algunas experiencias, la idea del socialismo aunque ha tendido importantes desarrollos, ha sido más bien un asunto del discurso y la retórica, lo cual desde el punto de vista cultural no deja de ser significativo. Y en otros, el ideal del

⁴ Las formulaciones sobre el socialismo del siglo XXI alcanzaron su mayor elaboración en el discurso y las políticas promovidas por Hugo Chávez; en Bolivia se propuso también el concepto de *socialismo comunitario*. Al margen del debate teórico acerca de los entendimientos de socialismo, el sólo hecho de la recuperación del concepto de socialismo posee un gran significado político-cultural, en una región en la que predominaba el discurso de la democracia liberal y el libre mercado. En ese sentido la “batalla de ideas” adquirió nuevos alcances.

⁵ Una amplia exposición sobre las experiencias de Venezuela, Bolivia y Ecuador se encuentra en el trabajo de Alfredo Serrano Mancilla, *América Latina en disputa*, Fundación Editorial El Perro y la Rana, Banes, Caracas, 2015, cap. II, págs. 140 ss. Véase también: Claudio Katz, *Neoliberalismo, desarrollismo, socialismo*, Parte IV, Batalla de Ideas, Editorial ALBA Movimiento, Buenos Aires, 2016.

⁶ Una sustentación del «posneoliberalismo» se encuentra en: Emir Sader: *Posneoliberalismo en América Latina*, Clacso, Buenos Aires, 2008. Una crítica al concepto se puede consultar en Beatriz Stoliwicz: «El “posneoliberalismo” para una reforzada hegemonía del capital». En: *Revista Espacio Crítico*, No. 23, segundo semestre de 2015. Consultar en: www.especiocritico.com.

⁷ Ver: Claudio Katz: *Neoliberalismo, desarrollismo, socialismo*, ob. cit., Parte III.

socialismo ni siquiera ha hecho parte del proyecto (y del discurso) político.

El papel de la cuestión social

Particular atención ha merecido la forma como se ha enfrentado la solución de la cuestión social.⁸ Diferentes análisis constatan que a más tardar hasta 2014 se produjo un mejoramiento de la situación social en Nuestra América, medida en la reducción de los índices de pobreza y de miseria y en el crecimiento de las llamadas capas medias de la población. Se afirma que tal resultado se explica por redireccionamiento de recursos de presupuesto hacia el gasto social, incluso en los países en los que ha gobernado la derecha neoliberal.

Es indiscutible que ha sido en los gobiernos progresistas en donde se han registrado los mayores aumentos del gasto social, especialmente en los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, aunque también en Brasil, Argentina y Uruguay. No obstante, las políticas orientadas a reducir la pobreza, no necesariamente se han acompañado de una reducción del patrón de desigualdad social existente, como lo demuestra sobre todo la experiencia de Brasil. Solamente en Venezuela se comprueba una reducción significativa de la desigualdad hasta 2014; en menor medida en Bolivia y Ecuador. En el conjunto de países de la Región, la disminución del coeficiente Gini —índice de medición de la desigualdad— ha sido moderada.

Más allá de los indicadores de medición, la pregunta por lo social contiene aspectos más sustanciales, referidos a sus alcances estructurales y a la capacidad de financiación. En este punto, en lo que corresponde a los gobiernos progresistas se ha señalado con razón el predominio de un enfoque asistencialista, sin mayor diferencia respecto los enfoques que ha estimulado la derecha neoliberal. Debe reconocerse en todo caso que particularmente en Venezuela y Bolivia se han realizado esfuerzos por proyectar políticas públicas con impactos efectivamente redistributivos.

Si bien la experiencia enseña que con un enfoque de asistencia social se pueden enfrentar problemas acuciantes en el corto plazo e incluso

⁸ Ver: Jairo Estrada Álvarez: «La cuestión social en América Latina: entre el “neoliberalismo social” y el “neosistencialismo de izquierda”». En: Jairo Estrada Álvarez (comp.): *Izquierda y socialismo en América Latina*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2008.

construir lealtades sociales de apoyo al proyecto político, en sentido estricto más que abocarse a una solución estructural de la cuestión social, se le está regulando y reproduciendo. Los respaldos se deterioran cuando ocurre lo mismo con las condiciones de financiación y, sobre todo, cuando estas dependen de los comportamientos de la macroeconomía.

Por otra parte, cuando las políticas redistributivas y de asistencia social no se acompañan de los debidos cambios socioculturales, la mejora en las condiciones de vida por efecto de la mayor capacidad adquisitiva, si bien posibilita el acceso al consumo y la inserción en el mercado de sectores excluidos, no necesariamente indica que se esté asistiendo a una consolidación de los fundamentos político-culturales de los procesos de cambio político. Desde esa perspectiva, la legitimidad termina condicionándose a la capacidad de preservación de los patrones de consumo alcanzado.

En ese marco, la pregunta por la transformación estructural de la relación social capitalista adquiere relevancia, pues sobre ella descansa la posibilidad real de producir sociedades menos desiguales en el largo plazo. Los procesos de estatización que se han advertido en las experiencias nacional-populares, aunque afectan la propiedad transnacional, no necesariamente son conducentes a una afectación de la propiedad capitalista en general, particularmente en lo que respecta a las fuerzas internas, y tampoco son garantía de que se encuentren en curso procesos de socialización de la propiedad conducentes al surgimiento de nuevas relaciones sociales «desde abajo». Evidentemente provocan reacomodos y nuevas alianzas de clase y debilitan los poderes establecidos históricamente; pero pueden generar el surgimiento y el fortalecimiento de nuevas facciones, progresistas o modernizantes a la luz del proceso histórico, pero no comprometidas con los cambios estructurales de fondo en dirección hacia sociedades de transición que puedan catalogarse como poscapitalistas u orientadas al socialismo. Las experiencias de los gobiernos progresistas denotan en ese aspecto que se trata de construcciones sociales relativamente inestables y con alta posibilidad de reversión de sus avances.

El ámbito político y sociocultural

Junto con lo anterior, se encuentra el ámbito político y sociocultural, explicado en primera instancia por las trayectorias específicas de los

procesos que posibilitaron el acceso a posiciones de gobierno, en lo cual incidieron en forma significativa los liderazgos políticos, en particular los de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. Allí donde el acceso al gobierno se fundamentó en diversas expresiones organizadas del movimiento social y copiosas movilizaciones populares que se sellaron con triunfos electorales, han sido mayores los logros democratizadores, que en los casos donde predominaron las alianzas electorales y la *democracia de opinión*.

En ese aspecto, debe destacarse el inmenso valor político y cultural de los procesos constituyentes que se adelantaron en Venezuela, Bolivia y Ecuador, en cuanto contribuyeron a producir e institucionalizar cambios importantes en las relaciones de poder a favor de las clases subalternas y a propiciar procesos de democratización política y social. Sin lograr en todo caso una ruptura plena con la organización democrático-liberal, la cual ha impuesto que, por los diseños institucionales que le son inherentes a ella, los proyectos políticos se hayan visto abocados a una recurrente (y desgastante) convalidación electoral. Dicha convalidación ha hecho del resultado electoral un fin más que un medio, afectando el sentido transformador del proyecto político, y acompañándose de tendencias al debilitamiento del movimiento social y popular, que incluyen, en algunos casos, la cooptación y el disciplinamiento, o la pérdida de su potencial crítico y transformador. Aunque ello también deviene en factor explicativo de formas de oposición dentro del propio campo popular.

Más problemática ha sido, por otra parte, la situación de los proyectos progresistas que se han sustentado en alianzas electorales, pues la necesidad de preservación de mayorías electorales terminó imponiendo el pragmatismo para garantizar la obtención de resultados favorables. La consecuencia lógica ha sido el alejamiento del programa político de las aspiraciones populares y la concesión a fuerzas de derecha. Los casos del Partido de los Trabajadores de Brasil y del Frente Amplio en Uruguay son ejemplos de ello.

Con independencia de lo señalado, el actual balance de poder registra un mayor protagonismo del movimiento social y popular en el debate y en la definición de los asuntos públicos. El cambio político ha implicado un traslado de poder social a las clases subalternas.

Los cambios en la estrategia de la derecha

En este contexto general, el comportamiento general de las fuerzas de la derecha ha tenido significativas variaciones.⁹ De una etapa inicial, luego de los primeros cambios progresistas, en la que primó una posición defensiva y de evidente reducción de su poder, se ha transitado particularmente durante el último lustro a una estrategia ofensiva de disputa por el poder político, en presencia de la preservación de un poderío económico interior articulado con dinámicas transnacionales y no afectado sustancialmente por las políticas progresistas.

Dicha estrategia, además de desenvolverse en el marco de las contiendas electorales y del uso de las posibilidades que brinda la organización institucional del poder y de la persistente democracia gobernable (para propiciar, por ejemplo, los llamados golpes blandos), ha desplegado nuevos repertorios que conjugan la movilización en la calle con una intensa acción comunicativa a través de las llamadas redes sociales y de los medios masivos de comunicación. La magnificación de los problemas, la distorsión e incluso el falseamiento de la realidad se han constituido en factor generador de dividendos políticos a su favor. Asimismo, se ha asistido a una actualización del discurso político neo-conservador, apropiándose incluso de reivindicaciones de la izquierda, y logrando apoyos sociales tanto en sectores medios de la población como en segmentos importantes de la población en condiciones de pobreza.

Tras sus derrotas transitorias, en el resurgimiento de las fuerzas de derecha han influido además, los errores de conducción política de los procesos de cambio, los problemas de gestión pública, la tendencia a la burocratización y la corrupción, así como los conflictos en el campo popular, que han sido capitalizados hábilmente, dado el descontento social que todo ello ocasiona.

Los aspectos geopolíticos y la situación de la integración

Lo hasta aquí expuesto, con excepción del contexto impuesto por las tendencias del capitalismo mundial, comprende principalmente las diná-

⁹ Ver: Francisco López Segrera: *América Latina: Crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, ob. cit, cap.III.

micas internas de los procesos políticos. Estas resultarían incomprensibles y su análisis sería incompleto, si no se incorporan factores de carácter geopolítico. En este aspecto, deben considerarse por una parte las relaciones de Estados Unidos con América Latina y el Caribe, y por la otra, los procesos de integración que se han adelantado recientemente en la Región.¹⁰

En el primer caso, puede afirmarse que con los gobiernos progresistas se asistió a una pérdida de influencia de los Estados Unidos, afectándose su posición hegemónica y su política de «patio trasero». Una primera expresión de ello fue la derrota que se le propició al proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas, que contó además con una importante movilización social y popular en toda la Región. Con el liderazgo de Hugo Chávez se produjo el retorno del discurso y la política antiimperialista, dándole continuidad a la coherencia (y persistencia) de la Revolución cubana. Algunos gobiernos progresistas se inscribieron dentro de esos lineamientos, como Bolivia y en menor medida Ecuador; otros optaron por el pragmatismo y la moderación extrema, como en los casos de Brasil y Uruguay.

De manera contradictoria, al tiempo que un grupo de países reivindicó la ruptura y el restablecimiento de la soberanía y la autodeterminación, otros dieron continuidad a relaciones que restablecieron por otras vías los lineamientos de las políticas neoliberales del «libre comercio», bien sea a través de tratados bilaterales de libre de comercio o de los acuerdos de protección y promoción recíproca de inversiones. Igualmente se buscó una ampliación del espectro de las relaciones exteriores, particularmente con China y Rusia. Sobre todo el primero incrementó en forma significativa su presencia en la Región, a través de un relacionamiento en el que si bien no son identificables las prácticas de las potencias imperialistas, priman en todo caso los intereses económicos. Brasil, por su parte, amplió su influencia regional, sin que ello representase un estímulo a los procesos de integración; más bien se articuló esta con los intereses económicos de sus transnacionales.

La atenuación de la posición hegemónica de Estados Unidos no significó el abandono de las posiciones perdidas y mucho menos la renuncia a su estrategia de dominación de espectro completo, que junto

¹⁰ Al respecto ver: Atilio Boron: *América Latina en la estrategia del imperialismo*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2012.

con la prolongación de las políticas militarización con fines de control del acceso a recursos naturales, contiene elementos políticos, tecnológicos y socioculturales.¹¹ En ese sentido, además del apoyo irrestricto a los «países aliados» que conforman el arco del Pacífico, se impidieron propósitos de cambio político como lo señalan las experiencias de Honduras y Paraguay, países en los que se inauguró la política de «golpes blandos», y se ha buscado la desestabilización de los gobiernos progresistas, como se ha expresado particularmente en los casos de Brasil (con el golpe parlamentario contra Dilma Rooseff)¹² y de Venezuela. Para ello, se ha contado con evidentes articulaciones y coordinaciones con las fuerzas de derecha de los países de la Región, haciendo aparecer las presiones para el cambio político regresivo como procesos con desencadenamientos internos y no necesariamente como el producto de constelaciones de fuerzas transnacionales, con indiscutible sujeción a los intereses estadounidenses.

La acción coordinada de los Estados Unidos con la derecha de la Región, unida a los otros factores ya expuestos, ha dado sus frutos. Se han recuperado posiciones perdidas y está en curso la afectación de otros procesos. La derecha está a la ofensiva en Nuestra América. El golpe blando en Brasil y la persistente amenaza de desestabilización de Venezuela son las más recientes manifestaciones.

En cuanto se refiere a los procesos de integración, estos también están afectados por la pérdida de influencia del progresismo. Además de los cambios políticos regresivos por el retorno de la derecha a posiciones de gobierno, que es útil para fortalecer la integración neoliberal contenida en la Alianza del Pacífico,¹³ debe señalarse que no fue posible consolidar el proyecto de integración alternativo promovido bajo el liderazgo de Hugo Chávez con la iniciativa de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pue-

¹¹ Véase: Ana Esther Ceceña: «La dominación de espectro completo sobre América», enero, 2014. Consultar en: www.rebelion.org/noticia.php?id=180149.

¹² Sin desconocer que tras ese hecho se encuentran propósitos de redefinición de la geopolítica regional y del propio proceso político interno en Brasil a favor de la derecha, la cuestión que no se puede soslayar es la correspondiente a las alianzas políticas del Partido de los Trabajadores para llegar a la posiciones de gobierno y para mantenerlas durante varios períodos.

¹³ Jairo Estrada Álvarez: «Alianza del Pacífico: ¿Hacia una redefinición del campo de fuerzas en Nuestra América?». En: Jairo Estrada Álvarez (coord.): *América Latina en medio de la crisis mundial. Trayectorias nacionales y tendencias regionales*, Clacso, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2014.

blos o ALBA-TCP.¹⁴ Esta iniciativa, concebida sobre presupuestos de cooperación y solidaridad que trascendían la medida estrictamente económica, no logró el consenso del amplio espectro (político-ideológico) de los gobiernos progresistas. Los gobiernos de Argentina, Brasil y Uruguay, atendiendo intereses económicos propios, decidieron no participar en ese proceso integrador, manteniendo más bien su adscripción al Mercosur. El balance actual es notorio. Ni se proyectó el Alba según los propósitos definidos, cuya situación se ha visto afectada por la caída de los precios de los *commodities* y los problemas internos de algunos países, ni el Mercosur superó el estancamiento que lo acompaña desde hace varios años.

Otros esfuerzos políticos orientados a promover un accionar colectivo y autónomo de los países de la Región, como es el caso de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), han perdido peso luego de los impulsos iniciales y de un notorio protagonismo. Entre tanto, en estos casos, los propósitos integradores tienden a ser más retóricos que reales. La derecha no tiene interés en ellos, pues su perspectiva política es panamericana, ajustada al sometimiento a los Estados Unidos.

En todo este contexto, el curso del proceso político en Colombia tras la firma de un acuerdo de paz entre el Gobierno de Santos y la guerrilla de las FARC-EP posee un inmenso significado, si se considera el papel estratégico que ese país desempeña dentro de la política de Estados Unidos para la Región. Más allá de los resultados adversos del plebiscito realizado para refrendar de los acuerdos, que muy seguramente serán superados en dirección a la reafirmación de lo convenido entre el Gobierno y la guerrilla, lo que se ha puesto en evidencia es que para los sectores más recalcitrantes de la derecha colombiana los acuerdos de La Habana representan una amenaza para sus intereses.

De lo acordado y sobre todo de su implementación se pueden generar impactos que incidan sobre la trayectoria de los procesos políticos de la Región, bien sea para prolongar y reforzar el papel de pieza clave dentro de la estrategia estadounidense de control y dominación y de intensificación del proyecto neoliberal que hasta ahora han jugado los

¹⁴ Sobre la importancia estratégica del ALBA-TCP, ver: Alfredo Serrano Mancilla: *América Latina en disputa*, ob. cit., cap. II, pp. 197 ss.

gobiernos de derecha en Colombia, o para propiciar un impulso democratizador político, económico, social y cultural, que fortalezca las tendencias hacia el cambio político progresista. Si se transita en una u otra dirección, ello dependerá de las configuraciones específicas del campo de fuerzas tras el inicio de la implementación de los acuerdos de paz. Es indiscutible que lo pactado posee un potencial transformador, que podrá desatarse siempre y cuando haya una apropiación social de lo acordado y se logre constituir y consolidar una correlación política y social de fuerzas favorable a ello.

Lo hasta aquí expuesto permite afirmar que, más que encontrarse la Región frente al fin de un ciclo político progresista, lo que se aprecia es una intensificación de la contienda política y de la disputa por Nuestra América. El debilitamiento reciente y la tendencia a la crisis de los proyectos progresistas, así como el resurgimiento y crecimiento de proyectos políticos de derecha no necesariamente indican que se esté abriendo paso y asentando de manera estable y con perspectiva de largo plazo un nuevo ciclo político con predominio neoconservador y de expansión del proceso de neoliberalización, así como de afianzamiento de la dominación imperialista. No hay ningún desenlace predeterminado. Hacia dónde se encamina la Región, obedecerá a la forma como se comporte la multiplicidad de factores aquí expuestos, así como de la resolución de los diversos conflictos interrelacionados y superpuestos que se derivan de ellos. Así como hay derecha en el gobierno y oposición de derecha donde esta no gobierna, así mismo persisten gobiernos progresistas y resistencias y luchas del campo popular donde la derecha gobierna.

La experiencia de la Revolución cubana, en medio del bloqueo económico (que pareciera atenuarse por la tendencia a la llamada normalización de las relaciones con los Estados Unidos), del enfrentamiento cotidiano de problemas y dificultades de diversa índole, así como de la continua autocrítica y la construcción social de alternativas frente a ello, se mantiene como un ejemplo de resistencia, dignidad y de persistencia en el noble propósito de edificar una sociedad que supere la dominación y la explotación capitalista. El desenvolvimiento concreto de los procesos de reforma emprendidos durante el último lustro y particularmente sus impactos sobre la sociedad cubana constituyen un factor de incidencia indiscutible sobre el curso de los procesos políticos en Nuestra América.

Desde la perspectiva del pensamiento crítico todo ello impone nuevos esfuerzos teóricos y requerimientos de análisis, no solo para una mejor comprensión de la complejidad del momento histórico, sino para contribuir a concebir una acción política ajustada a las necesidades y los intereses de las clases subalternas.